

# I

En la clase de Español, la miss Sonia nos encargó de tarea describir en detalle un día inolvidable de nuestras vidas. Esto fue lo que leí hoy en clase cuando me tocó mi turno de presentar:

\_\_\_\_\_

Era un día perfecto, de esos que rara vez se ven en esta ciudad. El sol brillaba con fuerza sobre un cielo azul sin nubes, limpio. Era domingo y mi mamá estaba esperando que regresara papá de comprar el periódico. Le había encargado también unos pastelitos rellenos de chocolate de la pastelería francesa de la esquina. Cuando el tiempo pasó y él aún no regresaba, ella se empezó a preocupar. Yo ya había desayunado y estaba sentado en la sala frente a mi pequeña mesa de plástico blanca, en una silla que ya me empezaba a quedar un poco chiquita. Yo coloreaba un cuaderno del "Gato

con botas”, mi cuento favorito y en el estéreo sonaba alguna canción de los Beatles. Ésa era la tradición de los domingos: Beatles y brunch. De pronto sonó el teléfono y ella se fue a la cocina a contestar. Me acuerdo de que puse mi cuaderno a un lado y me quedé muy quietecito, porque escuché a mi mamá gritar. Sentí mucho miedo. Cuando entró a la sala de nuevo vi su cara. Algo en su mirada me provocó de inmediato ganas de llorar. Ella se acercó y me abrazó tan fuerte como si se quisiera ahogar en mi pequeño cuerpo. Me acuerdo perfectamente de que ella llevaba puesta una camiseta azul, del mismo color del cielo, sólo que ya estaba toda manchada por sus lágrimas y las mías. Algunas horas más tarde, cuando ella regresó a casa después de ir a la morgue, se sentó frente a mí y se me quedó mirando durante un largo rato sin decir nada. Como si quisiera hablar pero no existieran en ella las palabras para hacerlo. Sólo permaneció sentada así, mirándome y acariciándome el pelo. Aún ahora, a veces veo en ella esa misma expresión, especialmente cuando escucha una canción de los Beatles que le recuerda a papá, pero cuando me ve mirándola, cambia y de inmediato sonríe. Yo tenía seis años, pero aunque pase un siglo, yo nunca lo olvidaré: era un día muy soleado, sin nubes, limpiísimo, de esos que rara vez se ven en esta ciudad. Ése fue el día en que murió papá.

Cuando terminé de leer, levanté los ojos y percibí cómo en todo el salón reinaba un silencio sepulcral. Era como si una nube negra hubiera caído sobre todos los presentes. Muchos de mis compañeros me miraban con compasión. Hasta creí ver que Tábata se limpiaba una lagrimita. Pensé que la miss también iba a llorar, pero se contuvo, aunque tenía ojos de perrito hambriento, la voz toda gangosa y entrecortada. Así, me dijo: “muy bien, Fede, como siempre, muy bien”.

Llegué a mi lugar, me senté y agaché la cabeza. Emiliano se acercó desde su asiento, justo atrás del mío, donde siempre se sienta en la clase de Español para estar cerca de la ventana (él sufre de claustrofobia = miedo a los espacios cerrados) y me dio dos palmadas en la espalda. Hizo eso, no porque me tuviera lástima, sino como una felicitación por mi gran actuación. Emiliano es mi mejor amigo desde el kínder, y él sabe la verdadera historia de mi papá.



## II

Me gusta cómo Tori Amos pronuncia *get a little warm in my heart* en el track número cinco de mi CD. Siempre que la escucho me parece sexy su voz, aunque realmente no sabría describir esa palabra. Es más como una sensación que se apodera de mi estómago, como un cosquilleo pero más fuerte que se va expandiendo por todo mi cuerpo y me deja todo sonrojado.

Me gustan las palabras. Me gusta mirarlas y pensar en quién las inventó y por qué. Por ejemplo: “sexy” viene de “sexo”, y “sexo” viene del latín *sexus*, la cual proviene del verbo *secare* (cortar). Sexo se refiere simplemente a la división del género humano en dos grupos distintos: masculino y femenino. Antes del siglo XVII, *sexus* siempre iba acompañado de *virilis* o *mulieris*, hombres o mujeres. En inglés, la “y” al final implica que es un adjetivo. O sea que es algo o alguien que luce o suena o remite al sexo.

Cuando oí esa canción por primera vez, saqué la letra de internet y con la ayuda de mi diccionario pude entender de qué hablaba, porque la verdad es que no le doy mucho al inglés. Emiliano siempre se burla de mí, pero yo

creo que tengo un bloqueo psicológico. Lo he analizado y creo que puede que eso provenga de un día hace muchos años, cuando mi papá me dijo que los verdaderos poetas siempre deben contradecir las tendencias, vivir en su propio universo y verlo todo con ojos nuevos. Mi padre decía que para él, el español era el idioma de su corazón, el francés el idioma en el que soñaba cosas extrañas y el inglés el idioma de su bolsillo. Como yo quiero ser poeta, hay una parte de mí que cree que el idioma de los bolsillos es poco poético y, tal vez por eso, esa parte de mi cerebro no quiere reconocerlo. Prefiero el francés o el italiano, o hasta el portugués, pero a veces, como cuando escuché esa canción por primera vez o cuando escucho una canción en inglés que me encanta, busco la letra en internet y la “saco” en mi idioma, algo parecido a cuando los músicos sacan una canción que les late con sus propios instrumentos. Sé que no hablar inglés es una desventaja. Es como ser un minusválido de los idiomas, porque en la escuela, en la tele, en el cine, en la música que me gusta, hay miles de cosas que yo no capto por no hablarlo. Así que como dice el anuncio en el radio, yo sí que me la vivo con cara de “what?”.

Lo que descubrí cuando traduje la letra de la canción de Tori es que ese momento es el punto clave de la canción. Allí ella habla con la voz de una niña y cuenta que su papá quería hacerla entender, mientras caminaban un día por la nieve, que ella tendría que aprender a quererse y a cuidarse sola porque él no estará siempre con ella.

Es chistoso porque ese CD que escucho tanto desde que lo descubrí, con esa canción que es ahora una de mis favoritas, es de las pocas cosas que mamá guardó cuando papá

se fue. Una gran ironía porque ese CD, con esa canción sobre el papá que prepara a su hija para el momento en que ya no esté, es mi única herencia, aparte de mi nombre y apellido, del color de mis ojos y de que camino un poco como pato. Lo demás, lo de la poesía que él me enseñó a amar como a los Beatles, y también el hecho de que me encante el hockey como a él, todo eso yo lo rescaté porque se pudo haber quedado en el olvido.

En los cuentos y en las películas, los papás aparecen como alguien que siempre está presente. Alguien en quien los niños pueden confiar siempre. Son la mano grande de la que te cuelgas cuando aprendes a caminar, que te mantiene equilibrado en la bicicleta hasta que logras andar solito, que te protege de que te sucedan cosas malas y que te guía por el camino menos agujereado. Como los árboles, los papás son los lugares perfectos para enterrar deseos y para confiar tus secretos. Nunca te decepcionarán a menos de que mueran o que algún ser maligno se los lleve o llegue a cortarlos. Un árbol permanecerá allí siempre, como un testigo de lo que pasa en tu mundo. Un árbol no es como la mayoría de los seres humanos que cambia todo el tiempo. El árbol sólo cambia de apariencia, con las estaciones, pero no de esencia. Mi árbol era distinto, cortó sus raíces y se fue a pasear libre de ataduras.

Mi amigo Emiliano dice que por eso no se puede confiar absolutamente en nadie mayor de dieciséis años, que en muchos países es la edad en la que puedes empezar a tomar decisiones de adulto y en la que ya te juzgan como mayor si cometes algún delito. Él es huérfano de circunstancias, como yo: su papá se fue de su casa cuando él era bebé. Puede

que sea por eso que él piensa así. Mi papá se fue cuando yo tenía seis años, esa parte de la historia es cierta. Se fue con una “amiga” y ahora vive en España.

Aunque recuerdo muchas conversaciones que tuvimos, y tal vez él me dedicó tiempo “extra” porque ya sabía que se iba a ir y quería que lo recordara después por sus palabras, se fue sin enseñarme muchas cosas. Creo que por eso soy tan malo en matemáticas y no sé hacer muchas cosas prácticas, como arreglar mi bici.

Mi mamá también me enseña cosas, pero la mayoría de esas cosas viene de libros. Ella lee todo el tiempo y me pasa después los libros que cree que me pueden gustar o de los que puedo aprender cosas de hombres. También vamos mucho al cine, a veces a conciertos y de vez en cuando al teatro. Soy como su mejor amigo. Yo creo que como sólo somos ella y yo, no es como las otras mamás. Por ejemplo: ella me habla como si yo fuera grande y me deja tomar muchas decisiones. Me dice muy seguido que me tocó crecer muy rápido.

Ella es traductora y por eso, igual que yo, ama las palabras.

Pensaba ahorita en lo que dice Emiliano de que no podemos confiar en nadie mayor de los dieciséis y sobre el hecho de que nosotros ya casi tengamos quince. Eso significa que, después del año que viene, Emiliano tendrá que inventarse una nueva teoría con otro número o dejar de confiar en sí mismo.

### III

Querida Mariana:

Como eres nueva en la escuela seguro que no tienes idea de quién soy, así que decidí presentarme yo mismo por carta. Me llamo Federico y me siento a tres lugares de ti en la clase de Ciencias Sociales.

Para que me ubiques la próxima vez, incluyo aquí un diagrama de dónde estás tú y dónde estoy yo.

#### ESCRITORIO DE YAÑEZ

TÚ

LUCIANA

GABRIEL

MARCELITA

NARANJO

YO

#### LOS DEMÁS

Te tengo que aclarar que no me llamaría Federico si el nombre de una persona fuera por elección propia.

A mí me gustan nombres más fuertes como Jonás o Demián, pero me pusieron así porque a mi papá le encantaba la poesía y el poeta que más amaba se llama Federico García Lorca. Por eso si tú prefieres me puedes decir Jonás. Cuando nací, mis padres tenían en mente dos nombres: Fernando o Federico. Fernando es por otro poeta que se apellida Pessoa. Pessoa se inventó varios personajes que también eran poetas y amigos entre sí. Cada uno tenía un nombre y una historia completa de vida y escribía muy distinto a los demás. Uno se llamaba Álvaro, otro Ricardo y otro Alberto. A esos personajes que salieron de él mismo los llaman heterónimos.

A mí me gusta mucho la poesía también y cuando me gradúe de la escuela voy a ser poeta y voy a firmar como Jonás Jiménez.

¿Te gustan las hamburguesas? Mi amigo Emiliano y yo tenemos un concurso para encontrar La Mejor Hamburguesa de la ciudad. Yo podría comer hamburguesas todos los días.

Así que puede que sea sólo un pretexto. A ver si algún día nos acompañas en nuestra búsqueda.

Bueno pues aquí me despido.

Siempre tuyo,  
Federico

P.D. Deberías ponerte tu suéter rosa más seguido porque te queda muy bien.

Llegué temprano al salón donde tomamos clase de Ciencias Sociales y dejé la carta encima de su escritorio. Vi cuando la abrió pero no hizo nada cuando la cerró, ni se la enseñó a Luciana, con la que siempre está platicando. Ésa es una buena señal. Digo yo.